

rante el cual Julián sintió que el brazo sobre el que apoyaba el suyo, temblaba.

Después volvieron al lado de los otros, mientras Florent decía en voz alta:

—Es un excelente cuadro, que, por desgracia, está barnizado con exageración.

—¡He hecho bien!— pensó Julián.—Me ha comprendido!.....



## III

**Boleslas Gorka.**

No habían pasado diez minutos desde que Dorsenne había hablado á Florent Chaprón, y ya el imprudente escritor comenzaba á preguntarse si no hubiera sido más razonable no mezclarse ni de cerca ni de lejos á una aventura en la que su intervención era inútil cuando menos.

Aquella aprensión de un drama inmediato, que le había hecho perder el juicio, primero en seguida de su conversación con Montfanón, y después de una manera más intensa al ver la ignorancia en que estaba la señora de Gorka del regreso de su marido; aquella terrible é irresistible evocación de un cuarto clandestino lleno de sangre repentinamente, iba á desvanecerse por el más sencillo de los acontecimientos.

Los seis visitantes cambiaban sus últimas impresiones sobre la melancolía y los esplendores del palacio Castagna, y acababan de bajar la vasta y esbelta esca-



lera de columnas, al través de cuyas ventanas brillaba el sol entre las sombrías verduras y las flores del jardín que Dorsenne había comparado con un rostro.

El joven marchaba delante, cerca de Alba Steno, cuya fisonomía hostil procuraba en vano alegrar de nuevo.

De repente, en la última vuelta de los anchos peldaños que suavizaban tan elegantemente la cuesta, aquella fisonomía se animó con un destello de asombro y de placer.

La Condesita arrojó un ligero grito, y dijo:

—¡Ah!..... ¡Mi madre!.....

Y Julián advirtió la presencia de la señora Steno, á la que en un acceso casi insensato de inquietud, había visto sorprendida y brutalmente asesinada por su engañado amante.

Estaba de pie en el mosaico gris y negro del peristilo, vestida con el traje más delicioso y más vaporoso del mañana que imaginarse puede. Sobre sus cabellos dorados llevaba un sombrero con flores, envuelto en un velo blanco; su mano jugaba con el puño de plata cincelada de su sombrilla, blanca también, y en el reflejo de aquella blancura, con su hermoso color claro de rubia, sus azules ojos, donde brillaban la pasión y la inteligencia, sus dientes admirables, que mostraba al sonreír, y su talle delgado, aunque de opulento busto, parecía una criatura tan joven, tan vigorosa, que nadie la hubiera creído madre de aquella niña que estaba junto á ella y la decía:

—¡Qué imprudencia! ¡Estando mala como estabas esta mañana, haber salido con este sol!..... ¿Y para qué?.....

—Para recogerte—dijo alegremente la Condesa.—Me he avergonzado de estar acostada; me he levantado, y heme aquí. Buenos días, Dorsenne. Supongo que se habrá usted admirado arriba. Hay una novela en este negocio de Ardea.... Yo se la contaré á usted. Buenos días, Maud. Ha tenido usted una idea feliz, obligando á hacer algo de ejercicio á esta perezosa Alba. Tendría otro color si todas las mañanas anduviese un poco. Buenos días, Florent. Adiós, Lidia. ¿Y el maestro, no está aquí?..... Y usted, viejo amigo, ¿qué ha hecho de Fanny?

Había saludado á todos con tanta gracia, teniendo una sonrisa especial para cada uno: tierna para su hija, espiritual para el escritor, de reconocimiento para la señora Gorka, amigablemente asombrada para Chaprón y la señora Maitland, familiar para su viejo amigo, como llamaba al Barón; era tan evidentemente el alma de aquella pequeña sociedad, que su sola presencia había animado todos los ojos.

Aquellos á quienes se dirigía la respondieron á la vez, y ella respondió de nuevo á cada uno, marchando hacia los coches que esperaban en el patio de honor, capaz de contener veinte carruajes de gala.

Los coches avanzaron uno después de otro: el del Duque de Hafner, el de la señora Gorka, la victoria de la señora Maitland.

Los caballós pisaban; los arneses resplandecían.

Los lacayos y los cocheros vestían correctas libreas; el suizo del palacio Castagna, con su larga casaca, sobre cuyos botones se veían grabadas las castañas simbólicas de la familia, tenía una presencia tan majestuosa, que Julián se encontró grotesco por haber ima-



ginado un drama brutal y apasionado entre aquellas gentes.

Quedóse el último, y mirándolas marchar, sintió una vez más esa sensación tan habitual á los que conocen el fondo de los esplendores del mundo, y que perciben en él con fuerza la miseria moral y la puerilidad: una especie de alegría irónica é indulgente.

—Acabas de hacer una tontería, amigo Dorsenne— se decía sentándose en uno de los cochecillos abiertos que en Roma se conocen con el nombre de *botte*. —Tener miedo de una aventura trágica tratándose de esta mujer que tiene tal dominio sobre sí, es casi como sentir deseos de arrojarle al agua para impedir que se ahogue un tiburón. ¡Ella tenía en la boca los besos de Maitland, y en los ojos todas las llamas del placer! Venía de su cita. Estaba esto escrito para mí en su tocado cómodo, en lo sonrosado de sus mejillas, en sus zapatitos, que no habían andado treinta pasos. ¡Con qué maestría ha mentido! He aquí por qué no me gusta el teatro. ¿Dónde encontrar una actriz que pueda fingir el acento que ella ha tenido para hacer esta pregunta: «¿El maestro no está aquí?...—Se echó á reír, y después su pensamiento, libre de toda ansiedad, corrió por un nuevo camino, y empleando la palabra familiar á los cosmopolitas de origen alemán para designar una conducta necia, pensó:

— He hecho una bonita *schlemylade*— como diría Hafner, yendo á contar á Floret la llegada imprevista de Gorka. Tanto valía anunciarle en los mismos términos, que Maitland es el amante de la Condesa. A la conversación que entre los dos cuñados se efectuase querría, yo, no obstante, asistir. ¿Me sorprendería saber que ese ne-

gro es el confidente de ese gran hombre? Es un asunto que merece pensarse y que nunca se ha tratado bien: estas amistades apasionadas de un Tattet por un Musset, de un Eckermann por un Goethe, de un Asselineau por un Baudelaire: la completa absorción del admirador en el admirado. Florent ha visto que el genio de su gran pintor necesitaba una fortuna, y le ha dado la de su hermana. Si ve que el genio tiene necesidad de una pasión para desarrollarse aún más, se mezclará en esto con delicia. ¡Palabra de honor! Miraba á la Condesa con reconocimiento. ¿Por qué no, después de todo? Lincoln es un colorista de primer orden, aunque se haya extraviado en demasiadas imitaciones. Mas esto es propio de su raza. La joven señora de Maitland tiene el talento del asa de una cesta, y la señora Steno es una de esas mujeres extraordinarias verdaderamente creadas para exaltar la vitalidad de un artista. Nunca hará aquél nada como el retrato de Alba. Oigo el diálogo: —¿Sabes? ¿El polonés ha vuelto?—¿Qué polonés?— El de tu Condesa.—¡Cómo! ¿Crees tú esa calumnia!—Maitland estará muy bien diciendo esta frase inevitable... — Al llegar aquí, hizo una pausa. Después siguió:—¡Ah! ¡Cuánta comedia! Bien. Este cochero ha cometido también su *schlemylade*. Le he dicho: calle Sixtina, cerca de la Trinidad de los Montes, y toma por la plaza Barberini en vez de cortar por el Capo le Case. También es falta mía.—No veo nada cuando la locura del lugar se mezcla en mis juicios. Admiraremos al menos el Tritón de Bernin, que echa el agua en su concha. ¡Este escultor genial no ha pensado nunca en la naturaleza más que para falsificarla! Falta estética en esto.

Estas incoherentes reflexiones se resumían en un

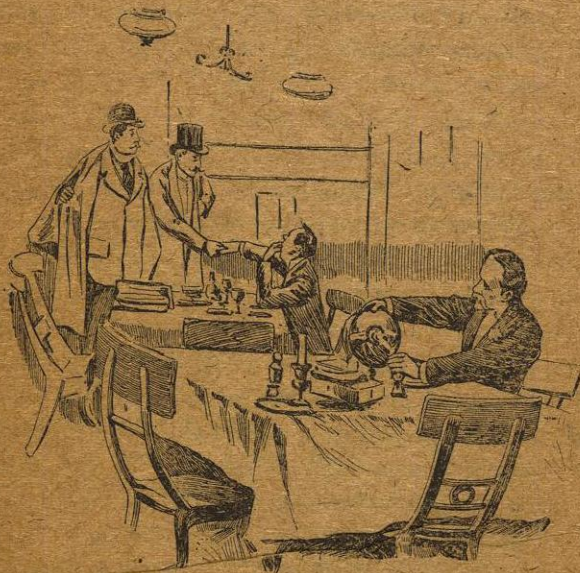


buen humor decididamente optimista, como se puede ver, cuando el coche se detuvo al fin en el sitio indicado por Dorsenne al cochero. Era una modesta fonda decorada con este letrero toscano: *Trattoria al Marzocco*. Y el *Marzocco*, el león simbólico de Florencia, estaba representado sobre la puerta, apoyando su pata en el escudo ornado de las lises nacionales. El aspecto del escaparate no justificaba la elección que el elegante Dorsenne había hecho de aquel sitio para comer allí cuando no lo hacía en el gran mundo. Pero su *dilettantismo* gustaba de estos saltos súbitos de sociedades, y el señor Egiste Brancadori, dueño del *Marzocco*, era uno de esos bufones inconscientes que Dorsenne buscaba sin cesar en la vida real, de esos á quienes llamaba sus *Tebanos*, en recuerdo del rey Lear. «Quiero decir aún una palabra á ese sabio tebano», exclama no se sabe por qué el Príncipe loco cuando encuentra al pobre Tom en el erial. Para que los amigos parisienses de Dorsenne, habituados á la mesa del círculo, no le juzgasen con demasiada severidad, conviene añadir que este tebano, nacido en Florencia, era al mismo tiempo un cocinero de primer orden, y que la modesta fonda tenía su leyenda, que divertía siempre al paradójico observador Dorsenne. Decía éste con frecuencia: ¿Quién osará nunca escribir la verdad de la historia? Esta, por ejemplo: Habiendo pedido el Papa Pío IX al Emperador Napoleón III que le prestase algunas tropas para proteger sus estados, el último consintió en ello, lo que dió por resultado un odio corso de la mitad de Italia contra la Francia, y la fundación del *Marzocco* por Egiste Brancadori, llamado el Tebano ó el Doctor». Esto era una burla del novelista, que pretendía haber curado su dis-

pepsia en Italia gracias á la sabia y sana cocina del referido Egiste. En realidad, Brancadori era el antiguo jefe de cocina de un gran señor ruso, de uno de esos Werekiew, el primo del verdadero padre de la linda Alba Steno. Este Werekiew, muy nombrado en Roma por la delicadeza de sus comidas, murió súbitamente en 1866. Algunos de los amigos de su casa, aconsejados por un oficial francés del ejército, y cansados de los círculos y fondas ordinarias, se unieron para aprovechar los servicios del cocinero del difunto. Fundaron con él en un reducido local una *popotté* de especie superior, que con un poco de vanidad hubieran podido llamar círculo culinario. Aseguráronle un minimum de diez y siete comidas á siete francos por persona, y tuvieron durante cuatro años una mesa exquisita, á la que se sentaron todos los viajeros distinguidos de Roma. Deshízose esta sociedad en 1870, y el círculo transformóse en una fonda casi desconocida, á no ser de algunos artistas ó diplomáticos, á los que atrajo la tradición del antiguo esplendor de aquel sitio, y, sobre todo, el conocimiento del talento del *doctor*. No era raro que las tres salitas de que se componía el establecimiento estuvieran á eso de las ocho llenas de corbatas y chalecos blancos y fracs. Para el cosmopolita Dorsenne era un colmo de vista singularmente divertido: aquí, parte de la embajada de Inglaterra; más lejos, parte de la embajada de Rusia; dos agregados alemanes; dos secretarios franceses cerca de la Santa Sede; otro cerca del Quirinal. Lo que más interesaba al novelista era la conversación del *doctor*, del genial Brancadori, que no sabía ni leer ni escribir, pero que había guardado un recuerdo vivo de todos sus antiguos parroquianos, y cuando estaba en confianza,



de pie en el umbral de su cocina, cuya limpieza le tenía insolentemente orgulloso, contaba anécdotas de la curiosa Roma, de su juventud. Sus gestos de ignorante, tan conformes al aspecto de las cosas, su fisonomía móvil y su lengua toscana, esa lengua fina que convierte en *h* todas las *c* duras entre dos vocales, daban á sus



discursos cierto sabor especial, que debía agradar sobre manera á un curioso de verdad local. Por la mañana, sobre todo, cuando no había nadie en la fonda, abandonaba gustoso sus hornos para hablar, y si Dorsenne había dado al cochero al salir del Palacio Castagna la dirección del *Marzocco*, era con la esperanza de que

el antiguo jefe contaría á su modo la historia de la ruina de Ardea. Brancadori estaba precisamente de pie junto al mostrador, donde reinaba su sobrina la señorita Sabatina, de encantador rostro florentino, barbilla un poco ancha, frente algo alta, nariz corta, fina boca, grandes ojos negros, tez dorada y cabellos ondulados, y que recordaba el tipo favorito del primero de los Ghirlandajo.

—Diga usted, tío—dijo la joven en cuanto vió á Dorsenne, —¿dónde ha puesto usted la carta que han traído para el Príncipe?

En Italia todo extranjero es Príncipe ó Conde, y la profunda y natural bondad que reina en las costumbres, da á estos títulos, en boca de quien los aplica, una amabilidad casi siempre exenta de cálculo. No hay país en el mundo donde reine una más verdadera y más encantadora familiaridad de clase á clase, y de ello dió Brancadori una prueba en seguida, tratando de *caro lei*, es decir, de «querido», á aquel á quien su sobrina había blasonado con corona de Príncipe. Luego exclamó, registrando en los bolsillos de su traje de vicuña, que llevaba bajo el delantal, propio de su oficio:

—*A testa bianca spesso cervello manca*..... La había puesto en el bolsillo de mi traje para estar más seguro de no olvidarla..... Como he cambiado de vestido porque hacía calor, la he dejado en él en la habitación.

—Después del almuerzo irá usted á buscarla—dijo Dorsenne.

—No—respondió la joven levantándose. —Está á dos pasos, y corro por ella. La ha traído el conserje del palacio donde habita Su Excelencia, para que le fuera entregada en seguida.



—Pues bien; vaya usted—respondió Julián, que no pudo, á pesar de la costumbre, impedir una sonrisa al ver cómo la joven ennoblecía su casa después de ennoblecer su persona—y yo quedaré hablando con el doctor, mientras me da la lista. Adivine usted de dónde vengo, Brancadori—añadió con el objeto de provocar la curiosidad primero y la conversación después del cocinero.—Del palacio de Castagna, del que se va á vender todo.

—¡Ah! ¡Por Bacol!—exclamó el toscano, mostrando un visible dolor en su rostro de viejo pergamino, abrasado al fuego de cuarenta años de cacerolas. ¡Si el difunto Príncipe Urbano ve esto desde el otro mundo, el corazón se le saltará de dolor, se lo juro á usted! La última vez que vino á comer aquí, hará diez años, por San José, me dijo:—Hágame usted buñuelos como los que comimos en otra época con los señores Espinay, Clairin, Fortuný y ese pobre Henri Regnaut. ¡Estaba contento!—Egiste, me decía, ya puedo morir. No tengo más que un hijo, pero le dejo seis millones y el palacio. Si se tratase de Gigi, estaría menos tranquilo, pero con Pepino..... Gigi era el otro, el mayor, el que murió, el alegre joven que venía aquí todos los días. ¡Un buen mozo, pero muy mala persona!—Era menester oírle contar su visita á Pío-IX el día en que él hubo convertido á un inglés. Sí, Excelencia, le había convertido, prestándole por equivocación un libro de rezos, en lugar de una novela. El inglés tomó el libro, lo leyó, leyó después otro sobre la misma materia, otro después y se hizo católico. Gigi, que no estaba bien quisto en el Vaticano, corrió á alabarse de este hecho con el Santo Padre.—¡Repara, hijo mío, dijo Pío

IX, de qué medios se sirve Nuestro Señor!—¡Ah! ¡Aquél se hubiera comido alegremente estos millones, mientras Pepino!..... Jugó á la bolsa, perdió, jugó de nuevo, lo mismo, y hehe ahí firmando letras de cambio y más letras. Y firmar y más firmar, y cada vez que



hacía esta operación, como yo con mi lápiz—solamente que yo no sé firmar,—significaban cien mil, doscientas mil pesetas que corrían por el mundo. Y ahora se verá obligado á abandonar su casa, á marcharse de Roma. ¿Qué es lo que hará, Excelencia?

Y sacudiendo la cabeza, añadió:

—Deberá reconstituir su fortuna en el extranjero. Nosotros decimos en Toscana, «el oro que se derrocha con las manos, se irá á buscar con los pies». Pero he



aquí á Sabatina que vuelve. Ha hecho el encargo con la ligereza de un gato.

La mímica del buen hombre, sus refranes, los recuerdos de aquella fiesta de San José en que todas las tiendas de fritura anuncian «buñuelos», la frase del burlón Pío IX, reproducida con el acento del viejo Papa, la original evocación del heredero de Castagna firmando siempre, aquella grosera explicación de su ruina, muy verdadera por otra parte, todo había divertido á Dorsenne. Sabía bastante bien el italiano para poder apreciar las intraducibles palabras de aquel hombre del pueblo. Iba, pues, á reírse, cuando la madona, como el llamaba alguna vez á la joven, le trajo un sobre cuya inscripción cambió pronto su sonrisa en una mueca de contrariedad no disimulada. Dejó la lista de los platos del día que el cocinero acababa de presentarle, y dijo bruscamente:

—Temo no poderme quedar á almorzar.

Después, abriendo la carta.

—No—dijo,—no puedo. ¡Adiós!

Y salió con tal turbación y prisa, que el tío y la sobrina cambiaron una mirada sonriendo. Aquellos verdaderos meridionales no podían creer en un joven de las prendas de Dorsenne otros cuidados que los que provienen del corazón.

—*Chi ha l'amor nell petto*—dijo la señorita Sabatina.

—*Ha lo spron nei fianchi*—repondió su tío.

Este inocente adagio, que compara al espolazo dado en los ijares del caballo la aguda punta que la pasión nos hunde en el pecho, no era verdad en Dorsenne, sin que su aplicación al caso fuese completamente falsa, y el novelista le comentaba á su modo, repitiendo-

y en ciertas calles de Londres, abiertas estos últimos tiempos en los alrededores de Hyde-Park.

Era una vieja construcción, en forma de promontorio, situada en la plaza de la Trínidad de los Montes, en el ángulo de las calles Sixtina y Gregoriana.

Aunque se encontrase reducida al estado de una sencilla pensión más ó menos burguesa, su nombre constaba en algunas guías, y, como todos los rincones de la Roma, guardaba los rasgos de una gloriosa leyentorio. Las columnatas del pórtico que la precede mensaje:

«*Le creo á usted mi amigo,*» Francisco Coppée.  
*por su carácter caballeresco y franc.* Pousin, y  
*cidido á dirigirme á usted en una circuns.*  
*da verdaderamente trágica. Tengo necesidad de verle á us-*  
*ted inmediatamente, y le espero en su casa. Envío una car-*  
*ta igual á la presente al Círculo de la Caza, á la librería del*  
*Corso y á su anticuario. Donde le coja á usted mi llama-*  
*miento abandone usted el sitio y venga en seguida. Me salva-*  
*rá usted algo más importante que la vida. Por razones que*  
*ya le manifestaré, mi regreso es desconocido. NADIE, entien-*  
*dalo usted bien, sabe que he vuelto, excepto usted. No tengo*  
*necesidad de escribir más á un amigo tan seguro como usted,*  
*que abraza de corazón*

B. G.»

— ¡Está bien!—se repetía Dorsenne, arrugando entre sus manos esta carta con creciente cólera.— ¡Me abraza de corazón! ¡Soy su mejor amigo! ¡Soy caballeresco, franco, la única persona á quien estima! ¿Qué cosa des-



aquí á Sabatina que vuelve. Ha hecho el encargo con la ligereza de un gato.

La mímica del buen hombre, sus refranes, los recuerdos de aquella fiesta de San José en que todas las tiendas de fritura anuncian «buñuelos», la frase del burlón Pío IX, reproducida con el acento del viejo Papa, la original evocación del heredero de Castagna firmando siempre, aquella grosera explicación de su ruina, muy verdadera por otra parte, todo había divertido á Dorsenne. Sabía bastante bien el italiano para poder apreciar las intraducibles palabras de aquel hombre de pueblo. Iba, pues, á reírse, cuando la madona, que llamaba alguna vez á la joven, le *trouvoce*, es un cómicamente cambió pronto su *trouvoce* tres cosas algunas veces contrariedad no disimulada. Y cómicos no hay relaciones del día que el cocinero *trouvoce* sucedido. Al principio me dió los detalles de su intriga, *sin nombrar á nadie*, como es costumbre entre estos hombres.

Me divertíó aún por su manera de llegar á nombrarla sin faltar á lo que las gentes del mundo llaman el honor. ¡Y pensar que las mujeres creen en este honor y en esta discreción! Además, éste era un medio para visitar á Steno y aproximarme á Alba. Creo que voy á pagar cara mi *flirtation* romana. Nos vamos á ver las caras. Si Gorka es polonés, yo soy lorenés. Y también hay un refrán sobre nosotros, y el heredero de los Castellanos no me hará hacer más que lo que me convenga.

Con este mal humor y esta resolución, Julián llegó á la puerta de su casa.

Si aquella morada no era el palacio celebrado por la señorita Sabatina, no era tampoco una casa banal moderna, como las que se multiplican hoy en la Roma nueva, en el París contemporáneo, en la nueva Berlín,

y en ciertas calles de Londres, abiertas estos últimos tiempos en los alrededores de Hyde-Park.

Era una vieja construcción, en forma de promontorio, situada en la plaza de la Trínidad de los Montes, en el ángulo de las calles Sixtina y Gregoriana.

Aunque se encontrase reducida al estado de una sencilla pensión más ó menos burguesa, su nombre constaba en algunas guías, y, como todos los rincones de la vieja Roma, guardaba los rasgos de una gloriosa leyenda artística. Las columnatas del pórtico que la precede la hacen llamar el *Tempietto*, ó pequeño templo, y nuestros eminentes artistas la han habitado, desde el paisajista Claudio Lorrain hasta el poeta Francisco Coppée. A dos pasos de allí, casi enfrente, ha vivido Pousin, y uno de los más grandes líricos ingleses modernos, Keats, ha muerto cerca; ese John Keats, cuya tumba también está en Roma en el cementerio en que domina la pirámide de Cestius, con este melancólico epitafio, trazado por él mismo:

Here lies one whose name was writ on water. . .

Raro era que Dorsenne entrase en su casa sin repetir la traducción que había hecho de este hermoso verso:

Aquí duerme uno cuyo nombre fué escrito en el agua. . . ó bien repetía, cuando era de noche, este delicioso fragmento de las *Inimidades*, suave y triste como el fondo de un lienzo de Leonard:

El cielo se matiza de dulce verde y rosa. . .

Aquella vez efectuó su entrada de un modo más prosaico, pues se dirigió al portero, y con el acento de un marido celoso ó de un deudor perseguido por sus acreedores, le dijo: